

FATALISMO

POCAS figuras de la historia revelan tan claramente como los efímeros monarcas del segundo imperio mexicano, que la vida puede estar supeditada a circunstancias ineludibles, determinantes de un destino.

Si Maximiliano hubiese sido un príncipe musulmán y no un archiduque católico de Austria, su trágica suerte que terminó en el patíbulo del Cerro de las Campanas, se esgrimiría hoy como una prueba inequívoca de Fatalismo.

Y de no mediar la fe cristiana que rechaza la vana y supersticiosa doctrina, adjudicando los actos humanos al libre albedrío inspirado por un Ser Supremo, diríase que el rubio príncipe de la casa de Austria y su consorte Carlota que compartió con él la tremenda tragedia de una monarquía fincada sobre engañosos espejismos, fueron dos predestinados, dos seres a quienes un índice misterioso e invisible señaló para vivir el drama en un tenebroso escenario del que nada ni nadie pudo libertarlos.

Todo se confabula contra ellos para escogerlos en su destino. Revisando en la historia los factores que determinaron la elección de Maximiliano para el trono de México que habría de llevarlo a la inmolación de su vida en Querétaro, y a la enajenación mental de la altiva y ambiciosa Carlota, vemos emerger, como de un